

cosa que no la fio jamás al cuidado de otra persona.— A caballo, pues.

Montaron los dos jóvenes y tomaron la carretera de Vannes, sirviendo Cadoudal de guía á Roland y marchando Rama de Oro, jefe de estado mayor como le habia llamado Jorge, á unos veinte pasos á retaguardia.

Al salir del pueblo extendió Roland su mirada por la carretera, que desde Muzillac á la Trinidad es casi tirada á cordel. La carretera descubierta en toda su extension parecia perfectamente solitaria. Así andaron como media legua, despues de cuyo tiempo :

— Dónde diablos están vuestros soldados? preguntó Roland.— Al flanco derecho, al izquierdo, á vanguardia y á retaguardia.— Ah! habrá sido una broma, repuso Roland.— Nada de bromas, coronel; creéis que seria tan imprudente para exponerme de este modo, sin una buena escolta? — Pero me habeis dicho que cuando desease ver vuestros soldados, no tenia mas que avisároslo.— Así es la verdad.— Pues bien, deseo verlos.— Juntos ó por partidas?— Cuántos habeis dicho que iban con vos?— Treccientos.— Pues entonces, hacedme ver ciento cincuenta.— Alto! dijo Cadoudal.

Y aplicando sus dos manos á la boca, dejó oír el grito del mochuelo y el canto de la lechuza, dirigiendo el primero á la derecha, y el segundo á la izquierda.— Viéronse casi instantáneamente una infinidad de sombras humanas á ambos

lados del camino, colocándose en doble hilera, cubriendo los dos flancos de los jinetes.

— Quién manda á la derecha? preguntó Cadoudal.— Yo, Mostacho, contestó un hombre, acercándose.— Quién manda el ala izquierda? volvió á preguntar el general.— Yo, Canta-en-Invierno, contestó otro, acercándose tambien.— Cuántos van á tus órdenes, Mostacho? — Ciento.— Y á las tuyas, Canta-en-Invierno? — Cincuenta.— Total ciento cincuenta, eh? preguntó Jorge.— Cabal, contestaron los dos jefes bretones.— Teneis vuestra cuenta, coronel? preguntó Cadoudal riendo.— Sois un mágico, general.— No, soy un pobre diablo como ellos; únicamente que entre nosotros cada uno sabe bien lo que hace, y todos los corazones laten por los dos grandes principios de este mundo: altar y trono.

Dirigiéndose despues á sus subordinados:

— Quién manda la vanguardia? preguntó.— Tragavientos, contestaron los dos chuanes.— Y la retaguardia? — Cartucho.

Esta segunda contestacion fué dada á duo, como la primera.

— Podemos proseguir tranquilamente nuestro viaje? — Ah! general, como si estuviéseis oyendo misa en la iglesia de vuestro pueblo.— Adelante pues, coronel, dijo Cadoudal á Roland.

Volviéndose luego á los suyos.

— Despejad, mis bravos, les dijo.

Volvió al instante á tomar cada partida la respectiva acera del camino, desapareciendo completamente.

Oyóse durante breves instantes el ruido de los pasos de los que se alejaban por entre los árboles, volviendo muy luego á quedar todo en el mas profundo silencio.

— Qué os parece? preguntó Cadoudal, creéis que con tales hombres he de temer á vuestros soldados, por muy valientes que sean?

Dejó Roland escapar un suspiro; era de la misma opinion de Cadoudal. Siguieron adelantando por la carretera.

A una legua de la Trinidad divisaron una sombra negra, en medio del camino, dirigiéndose á su encuentro con rapidez. Al presentarse mas visible, detúvose de repente como vacilando.

— Qué es esto? preguntó Roland.— Ya lo veis, contestó Cadoudal, es un hombre.— Sí, ya veo; pero ese hombre quién es?— Por su precipitacion deberiais haber adivinado que es un mensajero.— Por qué se detiene?— Por qué nos ha visto, y no sabe si ha de adelantar ó retroceder.— Y qué hará al fin?— Lo que yo le mande.— De qué modo?— Por medio de una señal.— Y contestará á vuestra señal?— No contestará, sino que hará lo que se le ordene. Quereis que adelante? quereis que retroceda? quereis que desaparezca á un lado ú otro de la carretera?— Mejor será que adelante, de este modo sabremos lo que viene á comunicaros.

Dejó oír Cadoudal el canto del cuclillo con tal perfeccion, que Roland iba mirando á su alrededor.

— No busqueis, dijo Cadoudal, he sido yo.— Y con esta señal adelantará el mensajero?— No adelantará sino que viene ya corriendo hácia nosotros.

En efecto, adelantaba rápidamente el mensajero, hallándose en breves instantes al lado de su general.

— Ah! dijo este, eres tú?

Inclinóse el general para oír algunas palabras que al oído le dijo el recién llegado.

— Me lo habia dicho ya Benedicto, contestó Jorge.

Y volviéndose á Roland:

— Dentro de un cuarto de hora, le dijo, tendrá lugar en el pueblo de la Trinidad una cosa muy grave que deseo podais ver; á galope!

Y dando el ejemplo, puso al galope su caballo, haciendo otro tanto Roland. Al entrar en el pueblo, distinguieron desde léjos una multitud que se agitaba en medio de la plaza, á la luz de teas encendidas. Los gritos y la confusion que se observaba entre aquella multitud anunciaban en efecto la proximidad de algun extraordinario acontecimiento.

— Démonos prisa, dijo Cadoudal.

Roland, cuya curiosidad se habia vivamente excitado, metió espuelas al caballo para llegar cuánto antes al lugar de la escena. Al ruido del galope de los caballos, formáronse los que allí se hallaban reunidos, en número de quinientos ó

seiscientos, todos armados. Encontráronse Cadoudal y Roland en el centro de la plaza, aguardando el desenlace de lo que al parecer se preparaba.

Oíase un lejano tumulto al extremo de la calle que conduce al pueblo de Tridon. Iba por dicha calle hácia la plaza una diligencia, escoltada por doce chuanes: uno á cada lado del postillon, y los diez restantes rodeando el carruaje, con la vista fija en las portezuelas. Paróse la diligencia en medio de la plaza. Tan preocupados estaban todos con la diligencia, que apenas habian parado la atencion en Cadoudal.

—Ola! gritó Jorge, qué hay de nuevo?

Al eco de esta voz que tan familiar les era, volvieron todos la cabeza, descubriéndose respetuosamente.

—Cabeza Redonda! murmuraron en voz baja todos los chuanes.

Acercóse uno á Jorge:

—No os lo habia dicho ya Benedicto?—Sí; es pues la diligencia de Ploermel á Vannes la qué teneis ahí detenida?—Sí, mi general; le hemos salido al paso entre Trefleon y Saint-Nolff.—Va él dentro?—Sin duda.—Obrad segun vuestra conciencia; si es criminal á los ojos de Dios, á vuestro cargo queda; yo acepto únicamente la responsabilidad ante los hombres; presenciare lo que va á suceder sin tomar en ello parte alguna, ni para impedirlo, ni para auxiliarlo.—Y bien! qué ha dicho? preguntaron cien voces.—Ha dicho, contestó

el que acababa de hablar con él, que podemos obrar segun nuestra conciencia pues él se laba las manos.—Viva Cabeza Redonda! gritaron todos, precipitándose sobre la diligencia.

Cadoudal permaneció inmóvil en medio de aquella agitacion. A su lado estaba Roland, igualmente inmóvil y lleno de curiosidad, por ignorar completamente de que se trataba.

El que habia dirigido la palabra á Cadoudal, conocido entre sus compañeros con el apodo de *Acuchillador*, abrió la portezuela. A su vista, retiráronse los viajeros temblando á lo mas interior de la diligencia.

—Si nada teneis de que acusaros contra el rey y la religion, dijo el *Acuchillador* con voz llena y sonora, bajad sin temor; no somos ladrones, sino tan solo cristianos y realistas.

Tranquilizáronse sin duda con esta explicacion los viajeros, pues al instante fueron apeándose un hombre, dos mujeres, una madre apretando contra su corazón al hijo que llevaba en brazos, luego una jóven, y finalmente otro hombre.

Iban examinándolos escrupulosamente los chuanes á medida que saltaban del coche, y no reconociendo sin duda en ninguno de ellos al que buscaban, abrian paso diciéndoles: Pasad!

Un solo hombre habia quedado dentro del coche. Introdujo en él un chuan la tea, á cuya luz vieron que era un sacerdote.

—Ministro del Señor, le dijo el Acuchillador, por que no sales tú como los demás? no has oido que somos realistas y cristianos?

Nada contestó el eclesiástico; únicamente se le veia temblar extraordinariamente.

—Por qué ese temor? prosiguió el chuan; acaso no te protegen tus hábitos? El hombre que viste sotana en nada puede haber faltado al rey y á la religion.

Revolvíase el clérigo en su asiento, murmurando:

—Perdon! perdon! —De qué pides perdon? preguntó el Acuchillador; te reconoces pues delincuente, miserable?— Oh! oh! dijo Roland; señores realistas y cristianos, tened cuenta como hablais á los hombres de Dios!—Este, contestó Cadoudal, no es el hombre de Dios, sino el hombre del demonio!—Quién es pues?—Es un ateo y un regicida; ha renegado de su Dios y votado la muerte de su rey; es el convencional Andrein.

Estremecióse Roland.

—Qué va á ser de él? preguntó.—Ha dado la muerte; va á recibirla, contestó Cadoudal.

Durante este tiempo, obligaron los chuanes á Andrein á salir de la diligencia.

—Ah! con que eres tú, obispo de Vannes? dijo el Acuchillador.—Perdon! exclamó el obispo.—Teníamos noticia de tu venida y hemos salido á recibirte.—Perdon! repitió por tercera vez el obispo.—Van con tu equipaje los hábitos pon-

tificales?—Sí, amigos míos, en el coche están.—Pues bien, revístete como prelado; mucho tiempo hace que no hemos visto estos sagrados hábitos.

Bajaron de la diligencia un cofre que tenia escrito encima el nombre del prelado, abriéronlo, y sacando de él un traje completo de obispo, lo presentaron á Andrein. Luego que este se lo hubo vestido, formaron círculo los chuanes, empuñando cada uno su fusil. Reflejaba la luz de las teas sobre los cañones, que lanzaban un siniestro resplandor.

Apoderáronse dos hombres del obispo, y sosteniéndole por los sobacos, le condujeron en medio del círculo. Cubria su rostro una mortal palidez. Hubo un momento de lúgubre silencio. Vino á interrumpirlo una voz amenazadora; era la del Acuchillador.

—Obispo de Vannes, dijo el chuan, vamos á juzgarte: ministro de Dios, has hecho traicion á la Iglesia; hijo de la Francia, has condenado á tu rey.—Oh! perdon! balbuceó el eclesiástico.—No es esto verdad?—No lo niego.—Porque es imposible negarlo. Qué puedes contestar para justificarte?—Ciudadanos.....—No somos ciudadanos, contestó con voz atronadora el Acuchillador, somos únicamente realistas.—Caballeros.....—No somos caballeros, sino simplemente chuanes.—Amigos.....—Tampoco somos tus amigos, sino tan solo tus jueces; estos te interrogan, contesta.—Me arrepiento de lo que he hecho, y pido de ello perdon á Dios y á los hombres.—Los hombres no pueden perdonarte,

contestó la misma voz implacable, porque si lo hicieran hoy, volverías á empezar mañana; la piel podrias cambiar, nunca empero el corazon. Lo único que de los hombres tienes que esperar es la muerte; en cuanto á Dios, implora su misericordia.

Bajó el regicida la cabeza, dobló la rodilla el renegado; pero levantándose de repente:

—Voté, dijo, la muerte del rey, pero fué con la reserva de...—Cuál?—La del tiempo en que debería tener lugar la ejecucion.—Próxima ó remota, fué siempre la muerte lo que tú votaste, y el rey era inocente.—Es verdad, dijo el eclesiástico, pero lo hice por miedo.—Entonces eres no solo un regicida, no solo un apóstata, sí que tambien un cobarde; nosotros no somos sacerdotes, pero seremos mas justos que tú: tú votaste la muerte de un inocente; nosotros decretamos la de un culpable. Diez minutos tienes para prepararte á comparecer ante Dios.

Dió el obispo un grito y cayó de rodillas; doblaron las campanas de la Iglesia como si por ellas solas tocasen, mientras dos hombres, acostumbrados á los cánticos religiosos, empezaron á entonar las preces de los agonizantes. Durante un buen rato hallóse imposibilitado el obispo de acompañarles con su desfallecida voz. Dirigia á todos lados su aterrorizada mirada, buscando clemencia entre sus jueces; en ningun rostro empero tuvo el consuelo de encontrar la dulce expresión de la piedad.

La rojiza luz de las teas, agitada por el viento, comunicaba por el contrario á todos aquellos semblantes una expresión salvaje y terrible. Decidióse entonces á unir su voz á la de los que rogaban por él. Dejaron los jueces terminar hasta la última palabra la fúnebre ceremonia. Iban en el entretanto preparando una grande hoguera.

—Oh! exclamó el obispo, contemplando con creciente terror aquellos preparativos, tendríais la crueldad de destinarme tan horrible muerte?—No, contesto el inflexible acusador; el fuego es la muerte de los mártires, y tú eres indigno de ella. Ea, apóstata, ha llegado tu hora.—Oh! Dios mio! Dios mio! exclamó el obispo levantando al cielo sus crispadas manos.—Levántate! dijo el chuan.

Quiso el obispo obedecer, pero faltáronle las fuerzas y volvió á caer de rodillas.

—Permitireis que á vuestra vista se consume este asesinato? dijo Roland á Cadoudal.—He dicho ya que me lavaba las manos, contestó este.—Iguales fueron las palabras de Pilatos, y sin embargo quedaron manchadas con la sangre de Jesucristo.—Porque Jesucristo era un justo al paso que este hombre es Barrabás.—Besa la cruz, besa la cruz! gritó el Acuchillador.

Tenia en él fija el prelado su mirada extraviada, permaneciendo sin embargo en la mas completa inmovilidad; indubablemente habia perdido ya la vista y el oido.

—Oh! exclamó Roland, preparándose á apearse; no se

dirá que en mi presencia se ha asesinado á un hombre sin que intentase yo socorrerle.

Oyóse al rededor de Roland un murmullo amenazador; habian sido oidas las palabras que acababa de pronunciar. Precisamente nada mas se necesitaba para excitar al impetuoso jóven.

— Ah! os desagrada mi resolucion? dijo.

Y alargó la mano derecha á una de las pistolas. Pero con un movimiento rápido detúvole el brazo Cadoudal, y mientras forcejeaba en vano para desprenderse de aquella manopla de hierro:

— Fuego! gritó Cadoudal.

Oyéronse en aquel instante veinte tiros, cayendo acribillado el obispo como una masa inerte.

— Ah! exclamó Roland, qué habeis hecho?—Obligaros á cumplir vuestro juramento, contestó Cadoudal; habiais prometido ver y escuchar sin oponeros á cosa alguna.—De este modo acabarán todos los enemigos de Dios y del rey, dijo con voz solemne el Acuchillador.—Amen, contestaron en coro todos los circunstantes.

Desnudaron en seguida el cadáver de los ornamentos sacerdotales, que arrojaron á la hoguera; hicieron entrar otra vez los viajeros en la diligencia, y abriendo filas para dejarles libre el paso:

— Id con Dios, les dijeron.

Desapareció la diligencia á todo escape.

— Vamos, en marcha, dijo Cadoudal, tenemos que andar aun cuatro leguas y acabamos de perder aquí una hora.

Dirigiéndose luego á los que habian ejecutado aquella original sentencia:

— Este hombre, añadió, era culpable, acaba de recibir su merecido; quedan satisfechas la justicia humana y la divina. Que se recen en sufragio de su alma las oraciones de difuntos, y que se dé á su cuerpo eclesiástica sepultura: lo tenéis entendido?

Y seguro del cumplimiento de sus órdenes, metió Cadoudal espuelas á su caballo. Estuvo por un momento perplejo Roland acerca de si le seguiria. Decidiéndose no obstante, como obligado por un deber penoso:

— Sigamos hasta el fin, dijo.

Y poniendo tambien su caballo al galope, siguió á Cadoudal, reuniéndosele al poco rato.

Pronto desaparecieron los dos en medio de la oscuridad que se hacia mas densa á medida que se alejaban de la plaza, en cuyo centro continuaban las teas iluminando el cadáver del prelado, mientras las llamas consumian sus hábitos pontificales.

El sentimiento que experimentaba Roland al seguir á Jorge Cadoudal asemejábase al de un hombre recién despierto que se halla aun bajo la impresion de un sueño, salvando poco á poco los límites que separan en su imaginacion la noche del dia. Esforzábase en darse cuenta de si adelantaba en

el terreno de la ficción, ó de la realidad, y cuanto mas ponía en tortura su cerebro para descubrir la verdad, tanto mas se abismaba en las profundidades de la duda.

Un hombre existía en el mundo á quien tributaba Roland un culto casi divino; acostumbrado á vivir en la atmósfera gloriosa que rodeaba á su ídolo, habituado á ver obedecidas sus órdenes por todos y á obedecerlas él mismo con una prontitud y abnegacion casi orientales, parecía extraño encontrar á los dos extremos de Francia dos poderes, enemigos del de este hombre, dispuestos á luchar contra este poder. Imaginaos uno de aquellos judíos de Judas Macabeo, adorador de Jehová, acostumbrado á oírle llamar desde su niñez Rey de los Reyes, Dios fuerte, Dios vengador, Dios de los ejércitos, Dios eterno, verle de repente en lucha con el misterioso Osiris de los Egipcios, ó con el omnipotente Júpiter de los Griegos.

Sus aventuras en Aviñon y Bourg con Morgan, y los compañeros de Jehú en los pueblos de Muzillac y la Trinidad con Cadoudal y sus chuanes, parecíanle una extraña iniciacion en alguna religion desconocida; pero al igual que estos animosos neófitos que arriesgan la vida para conocer el secreto de la iniciacion, estaba él igualmente resuelto á llegar hasta el fin. No dejaba por otra parte de contemplar con cierta admiracion aquellos caracteres excepcionales, ni podia resistir cierta sorpresa al encontrar aquellos titanes que luchaban contra su Dios, siéndole forzoso reconocer que no podían ser

hombres vulgares los que habian querido asesinar á sir John, ni los que acababan de fusilar al obispo de Vannes en el pueblo de la Trinidad.

Qué le faltaba ver aun? No podia tardar en saberlo, pues hacia cinco horas y media que estaban en marcha y asomaba ya en el horizonte la luz del crepúsculo.

Al salir del pueblo de Tridon, dejando Vannes á la izquierda, dirigiéronse á Trefleon, donde Cadoudal, seguido siempre de su jefe de Estado Mayor como él le habia llamado, comunicó las oportunas órdenes á los demás caudillos, continuando su marcha sobre la izquierda, flanqueando el bosquecillo que desde Granchamp se extiende hasta Larre. Hizo allí alto Cadoudal, y remedando tres veces el canto del euclillo, encontróse al cabo de un instante rodeado por sus trescientos hombres.

Divisábase una luz parduzca hácia la parte de Trefleon y Saint-Nolff, la cual, si bien no era producida por los primeros rayos del sol, anunciaba á lo menos la proximidad del dia.

La densa niebla que se levantaba impedia descubrir objeto alguno á la distancia de cincuenta pasos.

Antes de aventurarse internándose en aquella direccion, parecia Cadoudal aguardar algun aviso. Oyóse de repente á unos quinientos pasos el canto de un gallo. Aplicó el oido Cadoudal, mientras sus soldados se miraban unos á otros riendo. Cantó por segunda vez el gallo, pero á menor distancia.

— Es él, dijo Cadoudal, contestadle.

A tres pasos de Roland oyóse entonces el ladrido de un perro, con tal perfeccion imitado, que el jóven buscaba con la vista al animal que creía tener muy cerca de sí.

Empezóse á distinguir casi al mismo instante en medio de la maleza un hombre adelantando rápidamente, haciéndose poco á poco perceptible, á medida que se iba acercando. Al ver á los dos jinetes, corrió hácia ellos. Adelantóse algunos pasos Cadoudal, haciendo con la mano señal al que llegaba de que hablase en voz baja. Detúvose este al hallarse frente del general:

— Qué tal, preguntó Jorge, les tenemos?—Como el raton dentro de la ratonera, y ni uno solo volverá á Vannes si quereis.—Este es mi deseo: cuántos son?—Ciento, mandados por el mismo general.—Cuántos carros llevan?—Diez y siete.—Cuándo se ponen en marcha?—Están ya á tres cuartos de legua de aquí.—Qué camino han tomado?—El de Grandchamp á Vannes.—De manera que situándome yo entre Mencion y Plescop....—Les interceptais el paso.—Esto es lo que se necesita.

—Llamó Cadoudal á sus cuatro capitanes, comunicando á cada uno las órdenes convenientes. Fueron sucesivamente repitiendo el canto de la lechuza y desapareciendo con cincuenta hombres cada uno.

Continuaba la niebla siendo tan espesa que á cien pasos de distancia se perdian de vista los grupos que se iban ale-

jando. Quedó Cadoudal con cien hombres y sus dos subalternos Rama de Oro y Flor de Espina. Acercóse entonces á Roland:

—Y bien, general, le preguntó este, marcha todo conforme á vuestros deseos?—Así, así, coronel, contestó el chuan; dentro de media hora podreis juzgarlo por vos mismo.—Si es con la vista como he de juzgar, difícil será á través de esta niebla tan espesa.

Echó Cadoudal una mirada á su alrededor.

—Dentro de media hora, le dijo, habrá desaparecido la niebla. Quereis que aprovechemos este intervalo para tomar un bocado?—A fe mia, contestó el jóven, el andar me ha abierto el apetito.—Y yo, añadió Jorge, tengo la costumbre de comer algo antes de batirme.—Vais pues á batiros?—Así lo creo.—Contra quién?—Toma! contra los republicanos, y como tengo que habérmelas con el general Harty en persona, es de presu mir que no querrá rendirse sin hacer la mas desesperada resistencia.—Y saben los republicanos que van á batirse con vos?—Ni por sueños.—Entonces es una sorpresa?—No del todo, pues como la niebla irá disipándose, nos verán al mismo tiempo que les veamos nosotros.

Llamando luego al que parecia encargado de las provisiones:

—Matanegros, le dijo Cadoudal, tienes algo para almorzar?

Hizo Matanegros una señal afirmativa, y entrando en el

bosque volvió á parecer al cabo de un rato con un jumento cargado con dos grandes banastas.

Como por encanto, quedó extendida una manta en el suelo, colocando sobre ella un pollo asado, un salchichon y algunas tortas de maiz. Por esta vez habia ostentado el solcito repostero algun lujo, pues presentó una botella de vino y un vaso. Señaló Cadoudal á Roland la mesa puesta y el almuerzo improvisado. Saltó Roland del caballo, entregando la brida á uno de los chuanes, apresurándose á hacer otro tanto Cadoudal.

—Teneis, dijo este dirigiéndose á los suyos, media hora para hacer lo que nosotros; el que pasado este tiempo no haya almorzado, tendrá que batirse en ayunas.

La invitacion fué seguramente tomada como una orden, pues todos procuraron aprovecharla con la mayor prontitud y precision.

Fué sacando cada uno del morral, ó de la faltriquera, algun trozo de pan ó de galleta, imitando el ejemplo de su general, que estaba rematando la mitad del pollo que habia partido con Roland.

Como no habia mas que un vaso, tuvieron que beber en él los dos. Mientras iban despachando el almuerzo, sentados uno frente de otro, como dos amigos salidos á una partida de caza, fué amaneciendo; y tal como lo habia predicho Cadoudal, disipándose la niebla con la luz del dia.

Pronto empezaron á distinguirse los árboles mas cerca-

nos, el bosque luego, que se extendia á la derecha desde Mencon á Grandchamp, y finalmente, á la izquierda, la llanura de Plescop, cortada por un arroyo en toda su extension hasta Vannes. Vióse muy luego aparecer en la carretera de Grandchamp á Plescop una hilera de carros, cuyo extremo no habia aun salido enteramente del bosque. Distinguíase claramente que todos los carros estaban parados, por lo cual era fácil comprender que algun obstáculo imprevisto se oponia á su marcha.

En efecto, á medio cuarto de legua se divisaban los doscientos hombres, que á las órdenes de Canta en Invierno, Cartucho y Tragavientos les habian salido al encuentro.

Los republicanos, inferiores en número, que, segun hemos dicho, no pasaba de ciento, hicieron alto, aguardando á que se disipase enteramente la niebla para conocer á punto fijo el total de sus enemigos.

Hombres y bagajes quedaron encerrados dentro de un triángulo, cuya base formaba Cadoudal con los que tenia á su inmediato mando.

Á la vista de aquella escasa fuerza, rodeada por triplicado número; al aspecto de aquel uniforme, cuyo color habia valido á los republicanos el nombre de *azules*, levantóse vivamente Roland. Cadoudal, sin embargo, continuó cómodamente tendido, concluyendo su desayuno. Ninguno de los cien hombres que rodeaban al general, paró la menor atencion en el espectáculo que se presentaba á su vista; habríase dicho